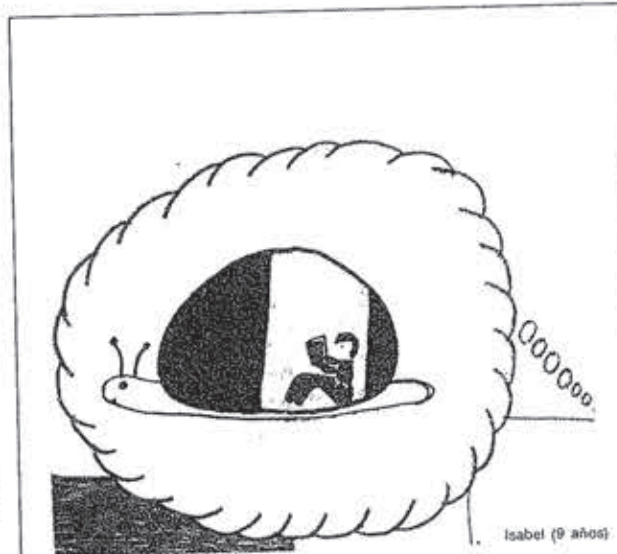


Hombres y mujeres, Mujeres y hombres

PERSONAS

— José María Rodero Quintillá —

Dice un amigo mío que las personas deberíamos aprender de los caracoles; no por la calma y sosiego con que van por la vida, que serían nefastos para la industria del automóvil, sino por la cosa del hermafroditismo: como ustedes saben, todos los caracoles son a la vez hembras y machos, pero, para reproducirse, necesitan siempre del concurso de otro individuo que hará de macho o de hembra según vengan dadas. Mi amigo sostiene que esta es la razón por la que entre los caracoles no se dan problemas de discriminación sexual. Yo no sé contradecirle. Quizá porque creo que en cierta medida tiene razón. Y sólo acierto a recor-



con que me le - van - té yo - tras

CA - RA - COL - YEN - GE - RRAR - ME DEI

Re7 Sol6

darle aquello de "No es tan mala la verdad; lo que no tiene es remedio"

Pero cuando estoy seguro de estar de acuerdo con él es cuando oigo a mi alrededor hablar de machismo, feminismo, Asociación de Mujeres Separadas,

Asociación de Hombres Separados, rol masculino, rol femenino, superioridad del hombre, superioridad de la mujer... Me siento como el arqueólogo que estudia las peculiaridades de culturas desaparecidas. Me parecen esas curiosidades que no tienen nada que ver con mi realidad cotidiana; quizá ni con el pasado, porque nuestra interpretación actual puede no estar teniendo en cuenta matices que entonces eran muy fuertes. No consigo sentirme de acuerdo con ellas, ni tengo la impresión de que se planteen sobre una base cierta. Pero me explicaré antes de que alguien sienta el impulso de partirme la cara.

Machismo y feminismo

No dudo que, en un momento de la historia de una parte de este planeta, la relación entre los hombres y las mujeres se planteara de una forma que, grosso modo, supusiera una cierta supeditación de un sexo al otro. Dicen algunos sabios que el origen de esta organización está en la aparición de la propiedad privada: en el momento en que pudo amasar una fortuna, el varón quiso tener la certeza de que sus herederos eran realmente hijos suyos y no del

vecino. Solución: la mujer, la pata quebrada y en casa.

[Nota.- Si alguien sigue pensando así, le recuerdo que ya existen pruebas de paternidad (o al menos, de no paternidad) bastante fiables.]

Además se daba el caso de que la supervivencia dependía más de la fuerza bruta que de la otra, y en eso, como todo el mundo sabe, siempre se puede encontrar un hombre superior a una mujer; bastaba, pues, a cualquier hombre, buscar un poco para encontrar una pareja que no lo zarandeara. Y ya estaba: la mujer, en casa, y a callar, que te doy. La mujer, que no era tan torpe como al hombre le habría convenido, se las apañó para elevar lo más posible lo que por entonces todavía no se llamaba nivel de vida porque aquello ni era vida, ni mucho menos, nivel, dicho sea sin ánimo de faltar.

Y desarrolló una serie de hábitos y habilidades que al varón es que le deshacían la moral y la voluntad, y que iban desde la grasa de foca hasta el Chanel número cinco, pasando por la caída de ojos y por el cocido a la madrileña.

Hasta aquí hemos llegado

Pero un día, unas mujeres occidentales decidieron que ya estaba bien. Y a estas formas de actuar y de vivir las llamaron machismo. Fue, en aquel momento, una buena denominación, por su carga culpabilizadora y habida cuenta de que era necesario conseguir la movilización del cincuenta por ciento de la humanidad para enfrentarse al otro cincuenta por ciento. Y fue muy acertada la puesta en marcha hacia otra forma de vida más justa o, al menos, más equilibrada. Los hombres de entonces debieron de sentirse conmocionados en sus cimientos, a juzgar por lo sorprendido que me sentí yo el día en que mujeres muy queridas por mí me hicieron ver que gran parte de mi educación y de mis comportamientos se basaba y se desarrollaba a partir de una gran injusticia, en la que yo era de los malos incluso cuando les cedía el asiento.

En principio me rebelé, ya que no tenía yo conciencia de ser un desalmado de aquel calibre; pero los argumentos eran aplastantes, así que claudiqué y me puse manos a la obra de mi reeducación. Han pasado veinticinco años, durante los cuales no he tenido tregua ni

en la calle, ni en casa, ni en mi cabeza. He procurado enmendarme y dar ejemplo. He visto cómo la mayoría de los hombres de mi entorno estaban inmersos en el mismo proceso, más o menos forzados por los acontecimientos. Ahora soy yo quien reivindica y se queja de lo siguiente:

- 1) La denominación *machismo* es hoy, en nuestro ámbito, injusta y equívoca, ya que está comprobado que el reparto de roles no ha sido algo impuesto por los machos, sino asumido, practicado y difundido culturalmente por ambos sexos. En este contexto, *feminismo* tampoco tiene mucha razón de ser si lo que se persigue es la igualdad.
- 2) No se trata sólo de la supremacía absoluta del varón sobre la mujer, sino, como decía más arriba, de un reparto de roles que ha resultado tan pesado, ingrato y desequilibrante para el varón como para la mujer. Incluso, hasta ahora, el infarto ha sido patrimonio preferente del hombre y la esperanza de vida más larga, de la mujer. (Ello no demuestra que la mujer haya vivido bien, sino que el hombre ha vivido mal.)
- 3) Somos muchos los hombres que estamos por la labor y que nos sentimos dolidos cuando las feministas fundamentalistas insisten en ignorarnos y en meternos en el saco de los enemigos más malísimos.

Propuestas por cuenta propia

Así que propongo lo que sigue:

- 1) La sustitución urgente y definitiva de *machismo* por *sexismo*, para eliminar toda connotación peyorativa y belicosa de esta marcha desde esos dos extremos tan picudos hacia la igualdad de oportunidades entre todas las personas.
- 2) Por las mismas razones, la sustitución del término *feminismo* por el de *personismo*. (Ya sé que suena chusco por el momento, pero anda que machismo...)
- 3) La sustitución del *Instituto de la Mujer* por el de la *Mujer y el Hombre*, y su desaparición cuando se consideren alcanzados sus objetivos y la fusión

de la *Asociación de Mujeres Separadas y la de Hombres Separados* en una sola de *Personas Separadas*. Los hombres y las mujeres que motivan su existencia y los que las necesitan no pertenecen a bandos diferentes en función de su sexo, sino de su calidad humana. El hombre que pega a una mujer, quizá, además, sea sexista, pero fundamentalmente es un canalla, y también pegará a sus hijos o a otros hombres menos fuertes que él. Y la mujer, lo mismo, que también las hay, y en la misma proporción, aunque sus métodos de tortura a veces sean diferentes.

4 a 100) Todo lo que se nos pueda ir ocurriendo en la línea de comprendernos y ayudarnos.

Derechos y obligaciones

Las personas no somos buenas o malas, como en los cuentos infantiles. Lo normal es que nos comportemos mejor o peor según la ocasión, la persona que tengamos delante o la tarara que nos dé. En cualquier caso, hoy por ti, mañana por mí, mejorando lo presente, puede ser una fórmula aceptable. Tolerancia está reñido con intransigencia, pero tampoco significa necesariamente beatitud.

Las personas somos defectuosas, qué le vamos a hacer. Tenemos la obligación de aguantar a los demás lo más posible en aras de la convivencia; pero también tenemos derecho a que se nos aguante un poco, en aras de la supervivencia.

Y creo que esto es lo que tenemos que transmitir a nuestros hijos. Es la labor que está más atrasada en casa que en los colegios, ya que en este ámbito es obligatoria. Pero a lo largo de una sola generación se han conseguido grandes avances; un empujoncito más y haremos las paces.

Porque, en mi opinión, guerras, enfrentamientos y desagradabilidades ya tenemos suficientes. En cambio, pasitos hacia lo más mejor, nunca son bastantes, y parece que lo del hermafroditismo lo tenemos un poco crudo. Después de todo, de lo que se trata es de vivir cada día más cómodos, ¿no? Pues venga.